

turalmente, no queremos promover una inconveniente polémica racial que no hay lugar de promover, pero sí queremos que entre nosotros se ponga más interés en el estudio científico de problemas mal considerados, poco atendidos y que mucho nos atañen.

Así como el campesino nuestro importa buenos ejemplares de razas nuevas para mejorar su *stock*, nuestros dirigentes, olvidando su extracción, deberían promover la inmigración de razas buenas que aporten lo que falta a la nuestra. Por otra parte, tenemos un territorio extensísimo y montañas de buenos climas que nosotros mismos no alcanzamos a poblar y que no pueden continuar abandonados por siglos.

Dejando, pues, a un lado nuestros sueños literarios y ese miedo de los hombres de pluma a las masas y del conjunto social a los hombres de pluma, debemos abordar ciertos problemas en forma seria y práctica.

*Enrique Naranjo Martínez*

Boston, Mayo 10 de 1931.

## Hechos y comentarios

= De *Caras y Caretas*, Buenos Aires =

### El poeta de la pampa y el sabio de los pájaros

En la Exposición Británica se exhiben algunos recuerdos de la vida de Guillermo Enrique Hudson. Con este motivo más de un argentino se entera de que el autor de *Tierra purpúrea* era compatriota nuestro y cuya existencia ignorábamos hasta hace pocos años. Había nacido en Quilmes. En su juventud se mezcló con los gauchos, se impregnó del rudo espíritu pampeano y vagó por la llanura, asoleándose y bebiendo los vientos de la inmensa planicie. Ese hombre anglo-criollo espiaba el vuelo de los pájaros, catalogaba especies, estudiaba sus costumbres. No parecía más que un sabio empeñado en descubrir ejemplares curiosos y clasificar sus características. Era un poco holgazán, según opinaban los que conocían su origen y lo veían apartarse del trabajo provechoso y frecuentar más las fiestas populares que las reuniones de la gente que no descuidaba su casa de productos extranjeros o su predio en que se multiplicaba la espiga y la vaca. Fatigado de sus correrías, Hudson se fue a Londres para dedicarse con más asiduidad a la labor científica. En Inglaterra no se podía vagabundear como en las aldeas de la provincia de Buenos Aires, pernoctar hoy en una estanzuela, arrimarse mañana al fogón de una chacra. Era pobre, de una pobreza de menesteroso, sin refugio para reposar, sin mesa en que comer. De día erraba por los alrededores de Londres y observaba a los pájaros y de noche, cuando le faltaban los peniques para pagarse un lecho en la posada, dormía en los bancos de Hyde Park, allí donde ahora se levanta un monumento. El sabio de los pájaros, ignorado, humilde, de una bondad de criatura y de una mansedumbre de san-

Para nosotros antes que resignarnos a la democracia zamba, es una necesidad mejorar nuestro *stock* racial, primero con la educación física y moral y buenos hábitos de higiene; después, con buenas inyecciones de sangre nueva, atrayendo a Colombia los buenos inmigrantes de la Europa central. Esto de la civilización zamba es una teoría o concepción lastimosa a que debemos cerrarle el camino. Es también un mal indicio de nuestras ambiciones. El híbrido, es en lo general producto transitorio y como grupo humano nada puede representar. Es esto a tal punto cierto, que el híbrido, el zambo, apenas se educa, prospera y se eleva, antes que ambicionar una cultura de marca especial, deserta las propias filas, vuelve al pasado sus espaldas, esconde cuanto puede su orgien y con muy fino instinto se refunde o trata de refundirse en razas de cultura tradicional.

to, revivía a la vez, mientras realizaba su obra de naturalista, sus impresiones lejanas de la pampa. Y refería en lengua inglesa episodios de nuestra tierra, aventuras gau-chescas, en que el paisaje argentino y el hombre argentino aparecen con una acuidad luminosa. ¿Quién era ese poeta, ese descriptor de aquellas confusas latitudes de América? El público británico no fijó su atención en esas admirables novelas. Mas, poco a poco, la fuerza de poesía, de originalidad y de belleza primitiva que sus libros atestiguan fue penetrando a todos, y Hudson, el ornitólogo, se impuso como escritor. Conoció en la ancianidad la gloria y la holgura. No quiso, sin embargo, ser sino argentino, y nosotros que hemos hallado en el que tiene una estatua en el sitio más londinense de Londres a un conciudadano insigne, debemos admirar en su ascensión lenta y despreocupada a la celebridad mundial, un ejemplo de ética. No se amargó por la obscuridad en que le ocultaba el desconocimiento de sus contemporáneos ni industrializó su pensamiento y su arte. Con dignidad serena, perseveró en su vocación y honró a la ciencia y a la literatura con la nobleza, con el desinterés, con la confianza silenciosa con que el individuo de actividad espiritual debe consagrarse a la realización de su propósito.

### El hombre que amó la palabra

En Hughenden, donde pasó los años de su venerable vejez, los miembros de la Primerose League evocaron la memoria de Benjamín Disraeli. Con flores primaverales por insignia hicieron una peregrinación a la casa en que habitó el político que con-

movió, engrandeció y asombró a Inglaterra con el poder de su fantasía creadora. Disraeli vive en el alma británica. Libros poéticos y obras de resurrección histórica aparecen con frecuencia para pintar a aquel hombre que fue guía de multitudes, líder de un partido tradicional, gobernante del Reino Unido, que su tenacidad y su ingenio convirtieron en el vasto imperio de los dominios de ultramar. ¿Cómo se explica esa perdurable supervivencia? Gladstone, su hierático adversario, no es más que una estatua en Westminster. Robert Peel, a quien venció con un discurso, no es más que un distante recuerdo. Disraeli persiste. Su perfil semítico, con la sonrisa apacible, es una imagen viviente. Es que Disraeli agregaba a su brío de conductor de la nación y a su ciencia y a su arte de político, la riqueza imaginativa. Amaba la palabra, no aquella, desteñida y mortecina que nace de la erudición y de la maestría indiferente, sino la que brota al azar de la sensibilidad fértil y presenta el espectáculo de las cosas bajo el aspecto en que lo percibe el ensueño. Para lord Beaconsfield el gobierno y la política eran una proyección lógica de la inteligencia libre, que no se circunscribía a técnicas de oficina ni a las artesanías del parlamento, sino a la múltiple comprensión y adivinación de lo porvenir. Ningún prohombre de Londres fió tanto como Disraeli en la fecundidad del verbo, ni creyó tanto en la belleza de la aventura. Surgido de una familia de inmigrantes, su afán de elevarse y el coraje para triunfar en su empresa personal de héroe, le enseñaron la virtud de la energía victoriosa y lo educaron en la tentativa de lo imposible. Disraeli fué el hombre de la seducción y del encanto. Las mujeres hermosas lo amaron; lo amaron aún en la ancianidad; hizo de la sugestión y de la gracia, un método con cuya instintiva aplicación llegó a los corazones y penetró en la conciencia del pueblo más impasible, pero que busca en los que lo dirigen el vigor original de la individualidad. Y medio siglo después de su muerte, su figura singular y quijotesca se ofrece como los personajes de sus propios relatos, en una apoteosis triunfal. Refiere Arthur Simons una anécdota descriptiva de su carácter. Preguntaron a Disraeli, en la tertulia de la reina Victoria, a qué debía el éxito de su vida. "A dos cosas—contestó:— A la convicción de que el individuo debe sentir en sí la irresponsabilidad juvenil de un poeta y a la certidumbre de que únicamente siendo poeta se puede conquistar en la madurez lo que nos habíamos propuesto en la adolescencia." "¿Y cómo supo que era poeta?" le interrogaron. "Lo supe—arguyó—el día en que descubrí alrededor mío la envidia de los que no lo eran. Fue cuando, en presencia del Muy Honorable Gentleman, me regaló una flor la marquesa de Salisbury . . ."

*Alberto Gerchunoff*